

Nos sentamos en el restaurante, yo pedí vino, ella martini.”

– Y, dígame ¿cuál es su nombre? – Dijo, con el particular tono de quien es del sur, de Granada o Sevilla.

– José García Castellón – Mentí, mi nombre es Ezequiel González Bermejo, nacido en León en 1979 y fallecido en Valencia en 1999 según el registro civil.

– ¿Y a qué se dedica señor García? – Continuó con su interrogatorio, mirando por encima de la carta con sus ojos negros detrás de la estrecha montura roja de sus gafas.

– Practico abogacía – Volví a mentir. A los diez años ni siquiera sabía leer o escribir. Prácticamente le debo toda mi educación a la Agencia, mi educación y mi lealtad.

– ¿Disfruta de su trabajo? – Inquirió mientras tomaba un corto sorbo de su copa.

– Siempre – ¿Saben? Es un alivio responder con franqueza de vez en cuando. “El camarero vino a tomar nota, interrumpiendo nuestra animada conversación”.

**Leon Pérez**

- ¿Qué desean los señores?

Mientras ella pedía su comida, algún plato tan caro como escaso, no podía dejar de observar al camarero. No sería de...

– ¿Y usted, caballero? – No me dejó ni abrir la boca cuando empezó con su monólogo con ese horrible acento francés.– Si no es indiscreción, debería probar el plato especial de la casa.

No tuve oportunidad ni de preguntar sobre su “recomendación”, pero me esperaba lo peor.

– *Gésiers de C.E.R.D.O. à la mission urgente* –

– Lo cierto es que no me apetece mucho C.E.R.D.O. esta noche. – Me gustaba mi trabajo, pero era mi noche libre, aunque, cuando trabajas para la Agencia, lo primero es lo primero.

– Pues es una lástima, porque ya está todo preparado para el señor. –

La cena estaba servida. Mollejas de C.E.R.D.O. (*Comisión Especial Radical de Delitos Organizados*) a la misión urgente. Sólo me quedaba una opción.

**Chang**

-Bueno, en ese caso aceptaré la recomendación, sería faltar el respeto al chef...¿Qué nos recomienda para beber?

-Tenemos una deliciosa Piña Sedada para acompañar el plato de la dama y para usted le recomiendo un *champagne à la matine dernière*.

Así despacharían a la chica y me mandarían a otro infierno al día siguiente. Esperaba que esta fuera más entretenida que aquella en la que apenas salí con vida gracias a mi PLUMA (Proyector Luminoso Unidireccional Montado en el Arma, una bengala) y a mis conocimientos de escalada.

Tras la cena procedí a acompañarla a su habitación, ya que la bebida había hecho efecto en ambos y debía darme prisa.

Tanta que se durmió antes de que pudiese preguntarle su nombre.

Y así me vi, con la ropa en la mano y el frío subiéndome por la piernas en medio del pasillo mientras se acercaba mi Contacto con una media sonrisa y un traje de seda roja que no dejaba dudas sobre sus intenciones.

-Esta vez os habéis pasado... Podíais haber esperado a la mañana para llamarme...

**Charlie R. Vesco**

Sin respuesta. Solo me tendía la mano con intención de saludarme. Yo reaccioné estrechando su mano, al tiempo que pensaba que cualquier mujer que hiciera este gesto de forma habitual solo podía ser lesbiana, lo que estropeaba cualquier intento por mi parte para SEDUCIRLA (Sedarla Estando Desnudos, Untarle Caramelo, Inclinarla y... el resto no es apto para menores)

-Agente, ¿qué es lo que piensa? Está sonriendo tontamente.

La mujer me sacó de mi mundo. Parecía dispuesta a no permitirme ni una. Pero ya me daba igual, era la tónica habitual. Casi se podría decir que era mi Nordic Myst de siempre, pero con menos burbujas y más amarga. Una decepción, por supuesto.

Caminé tras esta insinuante, pero inmune a mi seducción, fémica por un largo pasillo de moqueta roja hasta que algo llamó mi atención. Era como si ya hubiéramos estado antes ahí, pero no sabría decir exactamente el porque.

### **Transon**

Me daba igual. Me limité a seguir sus pasos, atravesando aquel delirante hotel decorado al estilo imperio. Los candelabros, enfermizamente sobrecargados, parecían presagios de una caída inminente.

¡DING!

Las puertas del ascensor se abrieron ante mí. Ella entró primero y yo la seguí. Aquella abigarrada máquina de cuerdas y poleas descendía pesadamente mientras mi Contacto miraba al espejo sin parpadear.

-El caso Orquídea se nos ha ido de las manos –dijo, finalmente, cuando llegamos al hall de aquel extraño hotel– La conexión que esperábamos encontrar ha resultado ser letal. Es muy probable que...

Apenas noté el primer impacto. Durante un instante, se hizo el silencio. Recuerdo que me vino a la cabeza, no sé por qué, la imagen de una gigantesca catedral en medio de un lago. Después volví a ser golpeado, creo que fue una silla, y caí al suelo.

ZUM-ZUM! ZUM-ZUM! ZUM-ZUM!

Todo se agitaba violentamente a mi alrededor. Las tablas que cubrían las paredes comenzaron a resquebrajarse, empujadas por un golpeteo rítmico, *como si el propio hotel quisiera deshacerse de una piel ajada y marchita*. El papel pintado se deshacía, mostrando alguna clase de viscosidad orgánica en lo que hasta hace un instante parecía un simple pasillo. Algo mucilaginoso y pálido emergió de aquella informidad y aferró a mi Contacto, arrastrándola hacia sus chapoteantes entrañas. *Porque aquella cosa tenía entrañas, y súbitamente tomé consciencia, con horror, de que estábamos en ellas.*

-Qué mal me sienta la bebida... -murmuré, y eché mano a mi Colt.

### **Gilen**

BANG!

El disparo retumbó de forma extraña, y un olor como a calamar tostado salía del humeante agujero resultante.

Cargando con el hombro, crucé aquella masa, llenándome de porquería en el camino...

Corría por los pasillos con un chapoteante sonido mientras todo lo que veía se transformaba en aquella cosa. Entonces sentí como el hotel viviente comenzó a bambolearse. Podía escuchar los ecos apagados de sonidos del exterior, hasta que una bocina se acercó tanto que apenas tuve tiempo de esquivar el autobús que atravesó las viscerosas paredes. Me acerqué cruzando varios niveles de viscosidad. Había un par de abuelos, una chica vestida de animadora, una señora con la compra... todos ellos inconscientes o muertos. Alguien tenía que parar esto.

Intuí que lo mejor sería moverse hacia arriba, desde donde podría encontrar al responsable de todo aquello, o al menos tener las mejores vistas en movimiento de la ciudad. Comencé a subir por unas escaleras cuya madera parecía adherirse a mis zapatos italianos (otros para tirar a la basura), pero al llegar al tercer piso, el camino se cortaba en un chorreante precipicio.

Me di la vuelta y disparé. Mis cálculos fueron correctos y donde debía estar la pared al exterior se abrió otro apestoso agujero. Me asomé y miré hacia arriba. Podía ver cómo nos desplazábamos por la ciudad, y por encima, la silueta del hotel cambiaba. Me aferré a un cable que ondulaba en el exterior, agrandé el agujero y comencé a trepar por el lateral del edificio.

***F.J. García***

El torpe movimiento de la cosa hacía balancear el cable a un lado y a otro, y pintura seca, ladrillos y balcones enteros me caían encima. Tras unos metros recorridos, pude apreciar una silueta humana esperándome en la azotea, demasiado lejos para que pudiera reconocerla.

De pronto, unos proyectiles empezaron a pasar silbando junto a mi cabeza e hicieron agujeros en la pared. Alguien me estaba disparando. Desde abajo. Miré por el rabillo del ojo y me invadió una profunda sensación de tedio. A pesar de estar tan abajo, el inspector Mostacho era inconfundible. Me habría visto a través de unos prismáticos, y probablemente se creería que era yo el

responsable de todo este jaleo. Pensando en cómo protegerme de esa amenaza, pequeña pero real, aprecié una falta de tensión en el cable que me sostenía. Parece ser que se había soltado de donde estuviese agarrado, o bien la simpática figura de lo alto lo había cortado.

Caía. Intenté agarrarme a cosas sólidas o pisar algo para tratar de disminuir la velocidad. Salté de una plataforma a otra como Super Mario, pero todo a mi alrededor se resquebrajaba casi al instante, y caía, me encontraba en caída libre. Y a todo esto, Mostacho no dejaba de dispararme. No quería correr el riesgo de que yo consiguiese evitar la caída, o que incluso sobreviviera a ella; quería acabar conmigo de una vez por todas. Pero no tendría esa suerte.

### **Salva**

Caí sobre el inspector lo que al menos hizo que dejara de disparar sin ton ni son. Mis 85kg de peso lo dejaron inconsciente. Le arrebaté su arma y robé sus cartuchos. Luego miré a mi alrededor: la criatura había consumido la forma del hotel en una orgía espasmódica de convulsiones gástricas. Cada ladrillo, cada rastro de cemento había sido reemplazado por la carne del monstruo lo que me llevó a pensar, por un momento, en la vida de los infelices que se habrían visto atrapados en aquel horror.

Suficiente. La misión Orquídea no se nos había ido de las manos: se había ido literalmente al diablo y, por alguna razón que no logro comprender, se lo había traído de vuelta.

Sin tiempo que perder, me puse en cuclillas y saqué una tiza del bolsillo. Dibujé un círculo en el suelo y en su interior tracé cada símbolo e ideograma, en el sentido y el orden que se me había enseñado. Luego utilicé mi pluma para realizar una pequeña incisión en mi dedo índice y derramar algunas gotas de sangre sobre el asfalto.

Me situé dentro y murmuré palabras viejas y olvidadas que no tendría sentido transcribir aquí. Obtuve una respuesta inesperada. Un grave bramido retumbó bajo el asfalto, sin duda la criatura había advertido mi conjuro.

-- ¡Álzate Mor'tsu, pelea a mi lado!

Mor'tsu es una criatura peculiar, os la presentaré dentro de un par de líneas. Baste decir que es bastante exigente con los rituales.

-- ¡Vamos cabronazo, despierta!

**Leon Pérez**

Mor'tsu, con la confianza que da el haber luchado a mi lado en más de una ocasión, realizó su trabajo (destrozar el asfalto, lanzarse a por la cosa y desmembrarla con la mayor celeridad posible) de la manera más efectiva y directa. El molesto pitido dentro de mi cabeza me recordaba que tenía otras cosas más importantes de las que preocuparme.

- ¡Agente Bermejo, responda!

El jefe en persona removía en esos instantes el interior de mi cráneo con el molesto Intercomunicador Craneal Patentado de la Agencia. Les había dicho mil veces que no lo usarán, que prefería el contacto humano, pero después de lo que le había pasado a mi último contacto humano...

- Bermejo al habla.

- El caso Orquidea no puede detenerse por los caprichos de otro molesto primigenio. Es hora de actuar. Dado que darle la información en persona resulta mortal, usted deberá de ir a por la información al núcleo del problema.

-¿Otro exótico viaje con bellas mujeres y villanos de opereta donde demostrar mis dotes de elegancia y seducción acompañado de un Martini, volcado, no removido?

- No, Bermejo, algo más... especial.

El sonido de vísceras proyectadas por toda la calle juntos con los alaridos de felicidad de Mor'tsu daban por finalizada la batalla y por comenzada mi verdadera misión.

**F.J. García**

Escarbaba. La arenilla se escurría a través de los dedos de mis guantes. Era tedioso. Tedioso como un encuentro con el inspector Mostacho. Ojalá me hubieran permitido traerme una máquina, un taladro de mano o algo así en vez de forzarme a usar las manos. En un lugar como ese ni siquiera podía invocar a uno de mis adorables amiguitos para que me ayudara en mi cometido.

Al fin noté a través de los guantes algo que no era tierra. Las minuciosas coordinadas que me había facilitado la Agencia eran correctas. Ahondé un poco más entre sus bordes y por fin pude sacar de ahí el pequeño objeto. A quién se le habría ocurrido esconderla en aquél inhóspito lugar. Observé la plateada llave a través del cristal de mi casco mientras la sostenía en alto.

Regresé a la nave y avisé a mis improvisados colaboradores de que había encontrado lo que buscaba. Me quité el molesto traje protector y me puse el esmoquin. Me despedí de esta gente, advirtiéndoles que guardaran discreción sobre este asunto y deseándoles lo mejor para su misión con la N.A.S.A., subí a mi pequeña cápsula y procedí hacia el Vaticano, mi siguiente destino, mientras echaba un último vistazo a la cara oculta.

## **Salva**

Algo salió mal durante la reentrada en la atmósfera terrestre. Quería gritar pero una súbita sensación de calor arrasó mi esófago. La cabina estaba en llamas y en menos de un instante me había desintegrado junto a la nave.

Desperté en mi habitación. Tardé un segundo en darme cuenta de que había sido un sueño. Pero con mi experiencia cualquier fragmento de información, real u onírico, merecía ser tenido en cuenta así que abrí mi diario y lo transcribí tal y como me acordaba.

Estaba a salvo, en el Vaticano. Leí el periódico de la mañana: “(...) *ataque terrorista en Madrid vuela por los aires un hotel y provoca 300 muertos e incontables heridos. Al parecer los terroristas usaron también un fuerte alucinógeno ya que los testigos afirman haber visto...*”

Hay que reconocer que la Agencia tiene imaginación. La Agencia se dedica al estudio, control y contención de asuntos paranormales. Es antigua como el mundo e involucra personas de casi cualquier parte del globo. Sus agentes somos, de alguna manera, especiales. A mi se me da bien la invocación, a otros, la brujería, la alta magia, la alquimia judía... Una reunión social nuestra recuerda a la “Parada de los Monstruos”.

Por otro lado, aquel monstruo-hotel era un arma, un *minor primigenius* a órdenes de algún brujo, probablemente, aquella figura en la azotea. No sé por qué intentaba matarme, pero los agentes como nosotros estamos

acostumbrados a que gentes que no conocemos traten de borrarlos de la faz de este mundo.

**Mariu**

Le encontré sentado en un banco en la Plaza de San Pedro, dándole de comer a las palomas. No le reconocí, pero al no haber ni una paloma cerca deduje que debía de ser un agente de incógnito.

- El Perro de Roque no tiene rabo – le dije. Él me miró con cara de póker.

Justo entonces, una joven me cogió del brazo y se me llevó a rastras.

-¿No para nunca de hacer el payaso, Bermejo?

Ah, vale, mi contacto era esta chica.

- Espero haya tenido un buen viaje y se encuentre descansado – dijo – porque le necesitamos despierto y alerta.

Decidí que mejor no le decía a mi acompañante que me dolía todo el cuerpo y que de no ser por los seis capuchinos que me acababa de tomar, no podría ni abrir los ojos.

- Hemos detectado una serie de brechas dimensionales no muy lejos de aquí – prosiguió mi contacto – Parece ser que en la Compañía estaban desarrollando un teletransportador, y uno de los experimentos ha... explotado.

Asentí, aún sin saber qué pintaba yo en todo aquello.

- De las grietas han surgido unos... “seres”, que están destrozando las instalaciones. Hemos sellado el complejo, pero antes de volarlo por los aires – procedimiento clásico de la organización cuando algo se les va de madre – queremos estudiar la naturaleza de esas grietas... y a ser posible hacernos con uno de esos seres.

- Y han pensado en mí para hacerles el trabajo sucio, ¿me equivoco? – respondí sonriendo.

**Gilen**

Pero tampoco me extrañaba... de un tiempo a esta parte me había convertido en el marginado del C.E.R.D.O., pues mis practicas a veces les

chirriaban, aunque a mi también me jodian las suyas y nadie me había preguntado...

Aun así su existencia era útil. El mundo se había vuelto una locura desde la apertura de las puertas de Ávalon en la antigüedad, y el caos que se desencadenó solo pudo ser detenido con la formación de organizaciones como la nuestra que resolvían la situación y luego maquillaban la verdad lo mejor posible. Por desgracia eso nos causa muchos problemas con el orden establecido...

Ya había tenido bastante en mi vida como para tener que aguantar la infatigable persecución de aquel oficial de la Interpol, pero supongo que uno no puede elegir esas cosas. Como ya me dijo una vez Zlavak, el mentor que me impuso la agencia hasta que aprendí a controlar mis poderes, "El mundo es una mierda, y aguantar la respiración no lo va a hacer mejor, así que enfrentate al problema!"

Y a ello iba. Sospechaba que este nuevo caso era otro de tantos intentos humanos de crear un portal de vuelta a Avalon, pues aun hay quien quiere saber que más hay allí (Ya sabéis, a las empresas de cosméticos les encantaría dar con la fuente de la eterna juventud...). Y así, en un cutre Renault R7E ("El coche eléctrico del siglo XXI al precio del siglo XX" ¡Ja!) veía los kilómetros reducirse hasta mi destino... 57... 56... 55...

**Leon Pérez**

3... 2... 1... La instalación permanecía en calma. En la garita de control de la entrada permanecían ajenos al infierno que contenía la instalación que protegían. Era lo habitual. Para mantener el secreto, todo lo que está dentro de la instalación queda sellado, sin posibilidad de salir al exterior, sea monstruo interdimensional, científico o la chica de los cafés. Ya se sabe, la Compañía ofrece buen sueldo pero muchas posibilidades de ser borrado del mapa.

Esto causaba un curioso efecto. El equipo de guardia exterior de estos centros, en caso de accidente, como tienen un trato casi nulo con el interior y la Compañía no quiere que de la instalación salga, ni siquiera, un SMS, asumen que no ocurre nada malo, por lo que se quedan en su linda garita como si no

pasará nada hasta que se soluciona o se borra el problema. Vamos, un mero papel decorativo.

Me disponía a pasar el control tranquilamente gracias a alguna de las identificaciones falsas de las que disponía, cuando la última mirada que pensaba encontrarme en este mundo de nuevo se cruzo delante de mis ojos.

- ¿Ezequiel?

Habían pasado muchos años, pero, sin embargo... Era ella... La pequeña Sara se había convertido en toda una mujer. Le entregue mi identificación sin pestañear.

- Pero si aquí pone que te llamas José.

Como se dice en el la jerga más especializada, acababa de meter la pata hasta el fondo.

- Esto...

De repente, una gran explosión reventó la entrada del edificio.

***F.J. García***

¡BOUUUUM!

Aún estaba digiriendo la extraña e inesperada escena que estaba viviendo con mi reencontrada amiga, así que a pesar de mi experiencia la detonación me hizo pegar un brinco.

Mientras veía el humo saliendo de lo que antes era la compuerta, mi mente, desorientada, se puso a divagar.

Me pregunté por qué narices tenía que utilizar documentación falsa para entrar a uno de los complejos de la propia Agencia para la que trabajaba y cómo narices había acabado mi amiga de la infancia trabajando de peón en una garita circundante al lugar donde se había desarrollado el desastroso caso Orquídea. También me dije inocentemente que la Agencia ya no tendría que preocuparse por volar el lugar por los aires.

Y entonces me di cuenta de que no habría tanta suerte; la explosión, proveniente de dentro, habría volado la entrada del complejo, pero las grietas dimensionales accidentalmente formadas -y las criaturas de pesadilla que salían de ellas- aún seguirían en el interior, y ahora mi misión se había extendido, de infiltrarme y capturar uno de esos seres de otra dimensión, a

además volver a sellar el complejo para impedir que bichos tales se escaparan y dominaran la Tierra. Y tenía que hacerlo rápido, tal y como sugerían esos tentáculos y garras que ya se asomaban por el lugar donde antes estaba la entrada.

-Sara, ¡márchate!

Pero ella había salido de su garita con un lanzacohetes enorme al hombro. Eso me dejó aún más confundido.

**Salva**

--Sara, ¿cómo entramos al edificio?

--Por el almacén de suministros. En el montacargas. --Dijo, mirando a nuestro alrededor a través del visor del lanzacohetes, escudriñando los alrededores en busca de cualquier fuente de peligro.

--¡Pues vamos!

Sara me agarró del brazo con la otra mano y tiró de mi en dirección a un almacén cercano. Rodeamos el edificio de la Agencia huyendo del humo negro que se extendía en todas direcciones desde el lugar de la explosión.

De repente algo llamó mi atención en el cielo sobre el edificio y me paré. Escuché los pasos de Sara alejarse pero no les presté atención. Sobre el tejado había una sombra que en seguida reconocí. Era el mismo ser que hace unos días, había convocado al primigenio en Madrid. Me miró, sé que lo hizo porque pude observar un destello de algo que parecían unos ojos diabólicos que me helaron la sangre. Luego desapareció.

--¡Ezequiel! ¡Tírate al suelo!

Apenas me dio tiempo a reaccionar, me agaché y algo pasó zumbando abrasándome los pelillos de la nuca. Luego empezó a llover pero no era agua, eran los restos carbonizados de algo. Y luego ese algo se desplomó ardiendo unos metros delante de nosotros aun retorciéndose y moviendo un amasijo de tentáculos frenéticos y alas membranosas en un último intento de levantar el vuelo de nuevo.

--Oye Ezequiel, José o como coño te llames, trata de estar atento porque no podré disparar esto ahí dentro.

Luego nos perdimos en el interior del almacén.